

EUGENIO CIENFUEGOS

La ruta del Inca

Un hotel y una misteriosa casa, ambos en Perú, fueron los primeros proyectos de este experimentado arquitecto, que vivió el éxito temprano, pero también supo lo que es volver a poner los pies en la tierra.

Por Sebastián Garay • Fotos Vivi Peláez



Cuando tenía cerca de 35 años, a las manos del arquitecto Eugenio Cienfuegos llegaron dos importantes encargos que, en sus propias palabras, lo marcarían por el resto de su vida: “Fueron claves para mí como profesional, porque me di cuenta de que la gloria detrás tiene una sombra que es ingrata. Entendí lo necesario que es tener las partes de luz y de sombra juntas, porque es importante no perder las proporciones”.

Hasta ese momento sólo había realizado trabajos menores en la oficina de arquitectos donde trabajaba, cuando un día llegó un llamado de Lima. A Cienfuegos, titulado en la Universidad Católica y actual socio de la empresa Balmaceda Cienfuegos, un consorcio suizo le encargaba proyectar un hotel en la capital peruana, el Crillón, que en su momento fue el más importante de Lima. Esto le significó viajar y alojarse en los mejores hoteles europeos para anotar detalles y empaparse del estilo.

“Imagínese, con apenas seis años de profesión ya me creía la muerte. El edificio era enorme, tenía 25 pisos. Años después volví y me alojé ahí, y lo aprecié. Fue como reencontrarse con un hijo. Después supe que

lo habían vendido, me da la impresión que lo convirtieron en departamentos”, señala el arquitecto.

Mientras trabajaba en el proyecto del hotel en Lima, recibió una extraña carta con las siguientes indicaciones: “Quiero una casa para gente vieja que quiere sentirse joven, mucha piedra, mucho vidrio, muchos desniveles. Que el terreno no le importe”.

No había más información, ni detalles de la obra, ni de quién estaba encargando el trabajo. Y como le pareció extraño, no le puso mayor atención hasta que, tiempo después, le escribieron de nuevo para saber cómo iba el proyecto. “Mandé un anteproyecto. Dibujé la casa sobre un cerro. A las pocas horas, me llamaron. No había dejado copias de nada, porque había mandado el original. ¡Por suerte me lo sabía de memoria! Me dijeron perfecto siga adelante”, recuerda Cienfuegos.

Después de eso, se olvidó de la casa. Hasta que un día aparece un arquitecto de Lima y le dice que la casa ya se estaba construyendo y que necesitaba que fuera a Perú para supervisar las obras. “Fui y había unos camiones gigantes sacando lo que allá llaman una huaca, unos cementerios indígenas, para poner el relleno y hacer el cerro”.

Al final, el misterioso mandante resultó ser la gerencia del Banco Popular de Perú y la casa, destinada a invitados y visitas promi-

entes. El diseño era totalmente vanguardista para la época: cuatro dormitorios que iban bajando en pendiente, cada uno con baño, y terminaban en un enorme living con chimenea. Además tenía una enorme piscina que se metía por el living, más la cocina, dormitorios de servicio y bodegas.

“Estaba hecha con puros muros de piedra, llena de cristales, balcones, bien espectacular. La hice pensando en que nunca se iba a construir. Después volví a Lima, pero no supe cómo llegar. No sé cómo estará ahora”, cuenta el arquitecto.

Una de las cosas que más recuerda Eugenio Cienfuegos es una anécdota que le dejó ver el clasismo que existía en esa época en Lima. El arquitecto quedó impresionado con el trabajo en piedra que estaba haciendo un indígena que construía un muro. Se acercó y lo felicitó. “Cómo le puedes decir eso a estos cholos”, recuerda que le dijo la persona a cargo de la obra, “ahora me van a pedir más sueldo. ¡Si a éstos hay que tratarlos a patadas!”.

Para Eugenio Cienfuegos, tanto el hotel como la casa son un ejemplo de cómo un primer proyecto puede marcar para siempre. Para él fue una experiencia única. “Viví lo que era el éxito total. Me sentía joven, me sentía lo máximo en Lima. Afortunadamente, con los años me fui dando cuenta de que la vida no es tan fácil.” **EC**

Magesa